

La tragedia de Anne Sexton. Linda Gray Sexton comenzó una larga carta que se convirtió en un volumen de memorias donde explica la tormentosa vida junto a la poeta Anne Sexton, su madre, que se suicidó a los 45 años, tras lograr el Pulitzer

CARTA Y EXORCISMO DE UNA HIJA

POR ANTONIO LUCAS MADRID

Antes de destruirse del todo, la poeta estadounidense Anne Sexton (nacida Anne Gray Harvey, 1928-1974) dejó a su alrededor un cultivo de gente averiada. Exactamente aquellos a quienes amaba: su marido y sus dos hijas. No sabía remediarlo y los poemas calmaban los nervios pero no resolvían infiernos.

Sexton llegó tarde a la poesía y pronto al daño. Fue su psiquiatra quien la animó a escribir después de un intento de suicidio. El entusiasmo por la poesía la acercó a quien fue una de sus grandes cómplices y amigas, Sylvia Plath, otra gran poeta y joven suicida. De hecho, cuando ésta metió la cabeza en el horno y abrió la llave del gas para morir con una ráfaga de monóxido dulce y homicida, Sexton le dijo a su terapeuta: «Esa muerte era mía». Ambas compartieron maestro, Robert Lowell, uno de los referentes de la poesía confesional. Ambas asumieron el alcohol a granel como terapia. Ambas fumaban. Ambas tuvieron hijos. Ambas se casaron mal. Ambas marcharon pronto. Y las dos hicieron de su escritura una aristocracia de anomalia y tristezas.

Anne Sexton desarrolló una biografía de heridas, amantes, golpes recibidos, hospitales psiquiátricos y una íntima depravación que ejercitaba en casa, a ser posible con la hija mayor presente: Linda Gray Sexton. La infancia de Linda fue un repertorio de ansiedad y

gritos, aliñada con los ingresos sucesivos de la poeta, sus borracheras a pulso, las noches aullando y las casas ajenas. Aun así, braceó como pudo y salió adelante. Aquella niña desconcertada tiene ahora 65 años y suma cuatro novelas publicadas. Tuvo que dejar en barbecho varias décadas sus recuerdos de infancia antes de aceptar que su madre era aquella misma dama atormentada que atormentó a quien tuvo cerca. Fue al cumplir 40 cuando Linda Gray decidió echar la vista atrás, hurgar en la herencia de aquella madre de belleza desesperada, ojos crispados, versos feroces. Y comenzó a escribir una larga carta que desembocó en un libro de más de 500 páginas que tienen ramalazo de memorias y a veces un rumor de exorcismo. Lo titula *Buscando Mercer Street*, publicado en España por Navona Editorial y con traducción y epílogo de Ainize Salaberrí.

«Parece que Anne Sexton siempre estuvo muriendo en vez de viviendo. Y en todo ese tiempo de muerte e incertidumbre Linda fue su guardiana, su fiel compañera», escribe la responsable de la edición. Entendió antes lo que era un trago de vodka que un beso de madre. Antes lo que era un amante en casa que una familia. El abismo antes que el suelo firme. Y aun así cuando Anne Sexton se suicidó (a los 45 años) ella, que era universitaria del



La poeta estadounidense Anne Sexton (1928-1974) junto a su hija Linda Gray Sexton.

«PARECE QUE ANNE SEXTON SIEMPRE ESTUVO MURIENDO EN VEZ DE VIVIENDO Y SU HIJA FUE SU GUARDIANA», DICE AINIZE SALABERRI

primer curso, comenzó a ordenar el archivo de su madre, los inéditos dispersos, los cientos de cartas, los apuntes de cuaderno. Asumió la tarea de poner en limpio lo que quedó suelto y seguir proyectando en la literatura la leyenda

creible de la gran poeta que fue Sexton. Así hasta que su reputación de gran poeta quedó asegurada.

Y sobre todo: «La echaba de menos. La odiaba por haberme abandonado. La odiaba por permanecer conmigo con tanta intensidad como lo hacía, por perseguirme con palabras que no me quedaba más remedio que escuchar. Habíamos compartido y soportado mucho juntas. Ella había sido mi mentora, mi guía, mi amiga, mi profesora, mi confidente. Mi creadora, porque me había moldeado, sin duda, tal y como Dios moldeó a Adán. Mi Romeo, pues ella me había adorado, durante un tiempo, sin

reservas».

Pero, sin embargo: «Su desequilibrio mental era una enfermedad terminal; nuestra familia estuvo al pie del cañón sintiéndose tan impotente como la familia de un enfermo de cáncer, intentando engañar a la muerte un año más. Intentando no decir adiós. Intentando decir adiós». Anne Sexton era una fuerza convulsa de la naturaleza. Soportaba una belleza de ángel caracterizado de bruja. Y a la vez entendía la escritura como un puñal lanzado contra todas las reglas posibles. En sus poemas estaba ella, como llaga de sí misma, pero también aquello que vivía,

tantas imágenes que previamente deliraba. «¿Qué monstruo he creado, ¿lo ves? En vez de generar belleza genero monstruos». Esto lo escribió para Linda. Y esto, para el mundo: «El lugar en el que vivo/ es una especie de laberinto/ y yo no hago más que buscar/ la salida o el hogar».

Se sabía parte de un linaje que es también una condena: el de quienes fracasan de cabeza y de corazón. A veces las nubes que oscurecían su cerebro abrían claros y entonces entraba en acción la poesía, que era un descargo de daños y desbordamientos. Como en el poema *Divorcio*: «He matado nuestra vida juntos/ he cortado cada cabeza/ con sus tristes ojos azules atrapados en una pelota de playa/ rodando por separado afuera del garaje./ He matado todas las cosas buenas/ pero son demasiado tercas».

De joven Anne Sexton fue modelo. De mayor, poeta suicida. En 1967 ganó el premio Pulitzer de poesía con el libro *Vive o muere*. Era una poeta reveladora y convulsa. «No hay noticias en el miedo / pero al final es el miedo / el que te ahoga». En vida publicó casi una decena de títulos. Linda puso en limpio el resto de su obra póstuma. Estas memorias no esconden nada (tampoco los abusos que la madre cometió contra la hija). Pero de algún modo es un pacto de amor donde se han golpeado las malas experiencias hasta reducir las a esquivas. Es una expedición brutal por el adentro de una mujer que heredó pasión y propensión al suicidio. Linda ha intentado quitarse de en medio al menos un par de veces. Ya es 20 años mayor de lo que era su madre cuando decidió acabar. Pastoreaba un retén de fantasmas febriles que quedaron flotando en la mucosa del cerebro de su hija. *Buscando Mercer Street* es la cirugía del amor de una hija en el amor descalabrado de una madre. De Anne Sexton. De una sobrecogedora poeta. «No hay noticias en el miedo / pero al final es el miedo / el que te ahoga». Pues eso.